

CORRIDA DE CINTAS

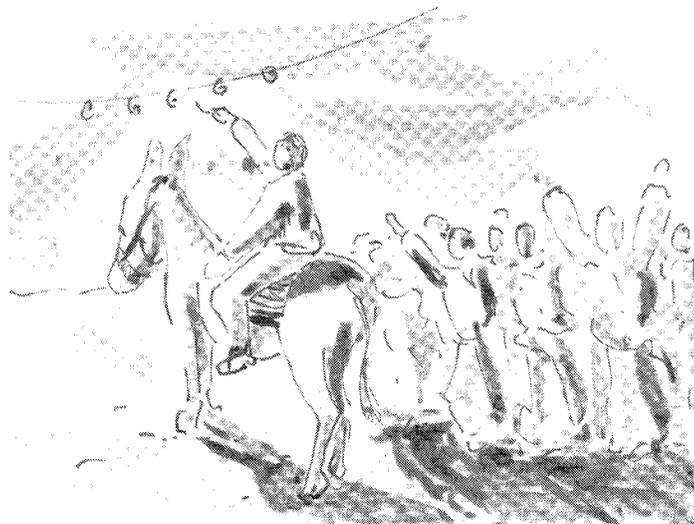


Desde hace algunos días, las tres mozas del cortijo están aplicadísimas en una delicada tarea artística que no es habitual en las mujeres del campo.

Se ocupan de bordar unas cintas de seda muy vistosas, de unos seis centímetros de ancho y un metro de longitud. Esto lo vienen haciendo desde hace una semana, a última hora de la tarde y cuando ya han terminado sus quehaceres cotidianos. Entonces se acicalan y se sientan las tres en la placeta, armadas de bastidor y cajita con hilos, y se aplican en bordar cada una su cita.

Se trata de las cintas que han de constituir el premio en la corrida de cintas a caballo que ha de celebrarse una semana más tarde en un caserío próximo, como parte de los festejos programados para honrar al santo patrón de su ermita.

Por eso corre prisa terminar el bordado, que es muy sencillo en la tres cintas y varía muy poco de una a otra, pero requiere su tiempo de ejecución, ya que, además de las florecillas y hojas que forman el motivo principal del adorno, hay que bordar también el nombre de la propietaria, para que cuando la cinta



sea conquistada en la corrida, sepa el mozo afortunado a quién pertenece la obra artística.

La corrida de cintas a caballo es, sin lugar a dudas, el número de mayor vistosidad de cuantos festejos se celebran en el campo. Probablemente son, en el terreno popular, la réplica de aquellos juegos de cañas, torneos y justas que celebraban los caballeros de la nobleza en épocas pasadas, como diversión y entretenimiento para sus hazañas guerreras, pero desprovistas ya de todo su trasfondo bélico. En estas corridas del campo no se quiebran lanzas entre jinetes rivales, ni se balancean muñecos de paja simulando enemigos: nada de violencia. Aquí todo lo que se ventila al alegre galopar de los caballos es simplemente atrapar al vuelo una vistosa cinta bordada por una ilusionada moza, lo cual no es fácil.

Estas corridas se organizan de modo espontáneo, como suelen organizarse casi todos los acontecimientos festivos del campo. Alguien lanza la idea, se corre la voz de unos a otros y la cosa se pone en marcha sin saber cómo, y lo que es más notable, sin que nadie se oponga ni regatee su colaboración para que todo resulte perfecto.

Sin embargo, así como la celebración de un baile en determinado cortijo o caserío puede organizarse de una semana para otra, con solo correr la voz en el propio baile que se está celebrando un domingo con la noticia de donde va a celebrarse el siguiente, en las corridas de cintas es preciso dar más tiempo, y deben ser programadas con la antelación suficiente para que el anuncio del acontecimiento alcance una mayor área de difusión, y los mozos y las mozas puedan tomar estas medidas.

Las medidas que han de tomar los mozos que deseen participar es preparar sus caballos para la prueba, ya sean propios o prestados, que para el caso es igual. La vistosidad de las corridas reside precisamente en la concurrencia de caballos. Cuantos más caballos se junten, más reñida y emocionante resulta la prueba.

En la práctica, y aunque se hable de caballos, las que participan en las corridas son mayormente yeguas, en razón a que los caballos machos no abundan en los cortijos por ser animales de lujo de caro mantenimiento y escasa utilidad en el trabajo. En cambio las yeguas, aparte de ser más manejables, tienen la gran ventaja de criar potros y muletas que valen lo suyo.

El mozo que no disponga de yegua o caballo para la prueba hará lo posible por conseguirlo prestado de algún familiar o amigo y, en último caso, si es que está firmemente decidido a correr, podrá optar por hacerlo sobre una mula de buena estampa y talla, que las hay en abundancia, si bien las posibilidades de lucimiento personal quedan muy limitadas. No obstante, es frecuente ver alguna que otra mula mezclada con los caballos en las corridas.

En cuanto a las medidas que han de tomar las mozas, y para las cuales necesitan un mínimo de tiempo, es comprar las cintas y los hilos precisos, y dedicarse a bordarlas con el mayor primor posible. La aportación de cintas a cargo de las mozas es

totalmente voluntaria y pueden hacerlo cuantas lo deseen. Huelga decir que normalmente lo desean todas las mozas casaderas del contorno, ya tengan novio formal o estén sin compromiso, porque la cinta es en cierto modo un vistoso anuncio de su condición de moza soltera, condición que siempre conviene airear. Las mujeres casadas no ponen cintas.

Para escenario de la corrida, ya se celebre en aldea o caserío, se busca siempre un espacio de terreno llano de cierta extensión, que puede ser era de trillar, una explanada o simplemente un trozo de camino ancho y sin piedras. Es importante que la pista no tenga piedras, porque al galopar de las bestias pueden salir disparadas y herir a los espectadores.

El aparato o decoración de la prueba es muy simple, pues se reduce a plantar sobre la mitad de la pista de carrera, y flanqueando ambos bordes, dos palos, entre los cuales se tiende un alambre, de modo que el conjunto semeja una portería de jugar al fútbol, sólo que de dimensiones más holgadas, ya que no se trata de colar por el hueco un pequeño balón, sino caballos y jinetes a galope.

Las cintas bordadas, que son los premios de la prueba, se sitúan en el alambre tendido entre los dos postes, pero dispuestas de una forma muy ingeniosa para que ocupen el mínimo espacio y no sean movidas por el viento. Para esto es preciso que antes de tender el alambre, se ensarten en él una colección de pequeños canutos de caña, del largo aproximado al ancho de las cintas. En cada uno de estos canutos se enrolla una cinta, dejando sin enrollar los tres o cuatro centímetros finales, que están acabadas en cuña que remata en una pequeña anilla de metal de las que se utilizan para los visillos. Para que la cinta no se desenrolle, se le prende un alfiler. Una vez dispuestas las cintas del modo descrito, se fija y tensa el alambre a la altura conveniente, la cual se obtiene colocándose un jinete debajo con el brazo levantado hasta tocar las cintas con la punta de los dedos.

Hecho esto, se ordena el despeje de la pista y la concentración de jinetes en el punto de salida, y da comienzo el festejo.

Los jinetes van saliendo uno tras otro, corriendo al galope de sus corceles hacia las cintas, y cuando pasan bajo éstas y llegan al final de la pista, regresan rodeando por detrás del público para colocarse de nuevo en el punto de salida. No hay orden ni sorteo para efectuar la primera salida, sino que la van tomando en amigable acuerdo unos y otros, pero sí se tiene en cuenta el orden en que se ha hecho ésta, para mantenerlo sin alternación en todas las salidas posteriores que se hagan.

El intrínquilis de la prueba consiste en ensartar, por medio de un lapicero, o un palito similar con punta, la anilla de que va provista cada cinta, lo cual no resulta tan sencillo como parece. Y no resulta sencillo porque las anillas son muy pequeñas, y porque el acierto de colar el lapicero en ellas es cosa que depende de una fracción de segundo, que hay que hacerlo con el brazo extendido al máximo y, a veces aupándose sobre la montura para alcanzar, y que todo este alarde de equilibrio y pulso hay que realizarlo sobre una bestia al galope que dificulta enormemente los cálculos de trayectoria.

La cosa además se complica cuando los jinetes se obstinan en atrapar una determinada cinta, sin interesarse por las restantes, lo cual les obliga a extremar la precisión al límite. El fijarse como objetivo una cinta determinada es absolutamente normal y forma parte del juego. Los mozos corredores ya saben de antemano de quien es cada cinta, también de antemano ponen su atención en la que quieren llevarse, y en la carrera harán todo lo posible por conseguirla. Esta es una forma de demostrar el interés que tienen, no por la cinta precisamente, sino por la moza que la ha bordado, que, o bien puede ser la novia, o puede ser la que se pretenda conquistar. El

hacerse con la cinta es como una declaración de propósitos que siempre facilita las cosas.

También puede dar lugar el empeño por llevarse una determinada cinta, el que se ponga de manifiesto la rivalidad entre dos o más pretendientes a una misma moza. Aquel que logre llevársela tendrá una enorme ventaja entre sus competidores.

Porque aunque no existe un reglamento escrito para las corridas de cintas, la costumbre establece que el mozo que logra una cinta acuda, al terminar la carrera, ante la moza que la bordó, para que ésta se la coloque personalmente en bandolera como si fuese una condecoración. Ni que decir tiene que el mozo así distinguido adquiere automáticamente permiso para platicar con la moza en cuestión, convidarla a dulces y ser el primero en sacarla a bailar en el baile que siempre se organiza como colofón de las corridas de cintas.

Como en todas las pruebas de habilidad, también en las corridas de cintas pueden surgir tramposos que traten de alcanzar el premio de una forma fullera. Hay habilidosos que esgrimen el palito de tal manera que, al llegar a la cinta, lo que hacen es prenderla con los dedos y luego ensartarla con tal rapidez que no se nota el truco. Sin embargo, la trampa más usada es la de sustituir la mina del lapicero por un alfiler colocado en la punta, lo cual permite clavar la cinta por el extremo libre que cuelga, sin necesidad de atinar con la anilla. A veces sale bien el truco, pero si se descubre, el autor quedará muy mal a los ojos de la concurrencia y merecerá el desprecio de sus compañeros de juego por su falta de deportividad.

Las corridas de cintas rematan siempre en baile, a base de pasadas y más pasadas de parrandas y malagueñas. Baile que se prolonga hasta media noche a la luz de los carburos, y en el que los participantes que más destacan son los mozos que han conquistado cintas, los cuales lucen ufanos su galardón cruzado sobre el pecho mientras dura la fiesta.